

## VIII

DONDE SE LEERÁ UNA AGUDEZA DEL ÚLTIMO REY

En verano, se metamorfosea en rana; por la tarde, al anochecer, se dirige al río, junto á los puentes de Austerlitz y de Iena, y desde lo alto de los trenes de carbon y de los barcos de las lavanderas, se precipita de cabeza en el Sena y en todas las infracciones posibles á las leyes del pudor y de la policia. Sin embargo, los guardas municipales vigilan, resultando de aquí una situación altamente dramática que ha dado lugar en cierta ocasion á un grito fraternal y memorable; este grito, que adquirió celebridad allá por los años de 1830, es un aviso estratégico de gamin á gamin; se escande como un verso de Homero, con una anotacion casi tan inexplicable como la melopea eleusiaca de las Panaténeas, hallándose aquí reproducida la antigua Evohé. Dice así: ¡*Hel* ¡*Titi*, *héeel cuidao que te han guipao*;... *que hay moros en la*

*costa... recoge tus trapos y echa á correr, pasa por el albañal*<sup>1</sup>.

Á veces este mosquito — así se califica él mismo — sabe leer; á veces tambien sabe escribir, siempre sabe emborronar y embadurnar. No vacila un instante en procurarse, ignórase por qué especie de enseñanza mutua, todos los talentos que pueden ser útiles á la cosa pública: desde 1815 á 1830, imitaba el grito del pavo; desde 1830 á 1848, garabateaba una pera en las paredes. En una tarde de verano, se retiraba Luis Felipe á pié á la ciudad, cuando hé aquí que halló á uno muy pequeño que estaba afanado, sudando y estirándose á fin de poder pintarrapear con carbon una pera gigantesca sobre uno de los pilares de la verja de Neuilly; el rey, con aquella bondad natural que habia él heredado de Enrique IV, ayudó al gamin, acabó de dibujar la pera, y despues dió al muchacho un luis diciéndole: *Tambien está ahí la pera*. Al gamin le gusta mucho el jaleo y la trapisonda. Cierta estado violento se acomoda bien con sus instintos. No puede ver á los « curas. » En la calle de la Universidad, se hallaba un día uno de esos muchachos traviosos, á la puerta cochera del número 69, mirando hácia aquella casa, con gesto burlon y señalándola un palmo de narices. — ¿Por qué haces eso en esta puerta? le preguntó un transeunte. — Porque aquí vive un cura, contestó el muchacho. Y, en efecto, allí es donde habita el nuncio del papa. Sin embargo, por más grande que sea el volterianismo del gamin, si se le presenta la ocasion de ser monaguillo, es posible que acepte, y en tal caso, ayuda él á misa con la mayor devocion. Dos cosas hay para las cuales es una

<sup>1</sup> El grito del gamin, imposible de traducir sino libremente, es como sigue: — *Ohé, Titi, ohééé! y a de la grippe, y a de la coigne, prends tes zardes et va-t'en, passe par l'égoût!*



especie de Tántalo, porque siempre las desea vivamente, sin conseguir las jamas : derrocar al gobierno, y hacer que le remienden sus calzones.

El gamin consumado y en estado perfecto posee todos los guardas municipales de París, y sabe siempre, desde el instante en que se echa uno á la cara, echarle él á la suya su propio nombre. Los enumera á todos y los pasa en revista al dedillo. Estudia sus costumbres y tiene sobre cada uno de ellos notas especiales. Lee á libro abierto y á la ventura en las almas de la policia. Os dirá de corrido y sin tropiezo : — « Fulano es *traidor*; Zutano es un *malvado*; Mengano « es *alto*; el otro es ridículo » (es de advertir que todas estas palabras : traidor, malvado, alto, ridículo, tienen en su idioma una acepcion particular); « este se imagina que el Puente Nuevo es suyo, » é impide á la *gente* que se pasee sobre la cornisa, por » fuera de los parapetos; aquel tiene la manía de tirar de » las orejas á las *personas*; » — etc., etc.

## IX

## EL ALMA VIEJA DE LAS GALIAS

Algo de ese muchado habia en Poquelin, hijo de las Halles<sup>1</sup>; algo habia tambien en Beaumarchais. La *gamine-ria* es una variedad del espíritu de los Galos. Mezclada con el buen sentido, le añade á veces fuerza, como el alcohol al vino. Otras veces un defecto. Homero machaca, en buen hora; lo mismo podria decirse que Voltaire *gaminea*. Camilo Desmoulins era un arrabalero. Championnet, que con tan ruda aspereza trataba á los milagros, salió tambien de los arroyos de París; siendo aún muy pequeño, habia *inundado los pórticos* de San Juan de Beauvais y de San Estéban del Monte; habia tuteado bastante la urna de santa Genoveva para dar órdenes á la redoma de san Genaro.

<sup>1</sup> Los mercados centrales de Paris. (Sabido es que Poquelin es Molière.)



El gamin de París es respetuoso, irónico é insolente. Tiene muy malos dientes, porque está mal alimentado y su estómago sufre, y buenos ojos, porque es agudo é ingenioso. En presencia del mismo Jehovah, saltaría él á brincos las gradas del paraíso. Es diestro y fuerte para la lucha á garrotazos ó á zapatazos. Todos los crecimientos le son posibles. Juega en el arroyo de la calle y se pone erguido en presencia de un motin; su descaro no se inmuta ánte la metralla; era un pilluelo, y se transforma en un héroe; semejante al pequeño tebano, sacude la piel del leon; el tambor Barra era un gamin de París; grita: ¡Adelante! como el caballo de la Escritura dice: ¡Vahl! y en un minuto, pasa de rapazuelo á gigante.

Este hijo del cieno es también el hijo del ideal. Medid esa escala que va desde Molière hasta Barra.

En suma, y para condensarlo todo en una palabra, el gamin es un sér que se divierte, porque es desgraciado.

## X

## ECCE PARIS, ECCE HOMO

Para resumirlo todo otra vez, diremos que el gamin de París, hoy, como en otros tiempos el græculus de Roma, es el pueblo niño mostrando en la frente la arruga del mundo antiguo.

El gamin es una gracia para la nacion, y al mismo tiempo una enfermedad; enfermedad que es preciso curar; ¿cómo? por medio de la luz.

La luz sana y vivifica.

La luz ilumina.

Todas las generosas irradiaciones sociales parten de la ciencia, de las letras, de las artes, de la enseñanza. Formad hombres, formad hombres. Ilustradlos, para que os den calor. Tarde ó temprano, la espléndida cuestion de la instruccion universal se planteará con la irresistible autoridad de la verdad absoluta; y entónces, los que gober-



naren bajo el imperio de la idea francesa tendrán que optar entre estas dos cosas: los hijos de la Francia ó los gamins de París; llamas en la luz, ó fuegos fatuos en las tinieblas.

El gamin es la expresion de París, y París es la expresion del mundo.

Porque París es un total. París es la techumbre del género humano. Toda esa prodigiosa ciudad es un compendio de costumbres muertas y de costumbres vivas. El que ve á París cree ver la parte terrenal de toda la historia, con cielo y constelaciones en los intervalos. París tiene un Capitolio, el Hôtel-de-Ville, un Parthenon, Nuestra Señora, un Monte Aventino, el arrabal de San Antonio, un Asinarium, la Sorbona, un Panteon, el Panteon, una Via Sacra, el boulevard de los Italianos, una Torre de los Vientos, la opinion; y las Gemonias se hallan aquí reemplazadas por el ridículo. Su majo se llama el faraute (*faraud*), su transtiverino se apellida el arraballero (*fau-bourien*), su hammal es el mozo de cordel de los mercados (*le fort de la halle*), su lazzarone se llama el *pègre*, su cockney es el gantino (*le Gardin*). En París se halla todo cuanto hay en otras partes. La verdulera de Dumarsais puede dar la réplica á la herbolaria de Eurípides, el discóbolo Vejanus revive en el volatin Forioso, Therapontigonus Milestomaria de brazo al granadero Vadeboncœur; el prendero Damasippo se hallaria muy contento en nuestros baratillos, Vincennes encerraria á Sócrates, ni más ni ménos que la Agora enjaularia á Diderot. Grimod de la Reynière ha descubierto el roastbeef con sebo como Curtillus habia inventado el erizo asado, bajo el globo aerostático del Arco de la Estrella vemos reaparecer el trapecio que está en Plauto, el comedor de espadas del Pécilo que encontró Apuleyo no es otro que el tragador de sables del Puente Nuevo, el sobrino de Rameau y Cur-

culion el parásito hacen buena pareja, Ergasila se haria presentar en casa de Cambacérés por d'Aigrefeuille; los cuatro lechuguinos de Roma, Alcesimarchus, Phædromus, Diabolus y Argyrippus, descienden de la Courtille en la silla de postas de Labatut; Aulu-Gelle no detenia más tiempo delante de Congrio que Cárlos Nodier delante de Polichinela; Marton no es una tigre como Pardalisca no era un dragon; Panlabus el bufon parodia en el café Inglés á Nomentanus vividor, Hermógenes es tenor en los Campos Eliseos, en derredor suyo, Thrasius el mendigo, vestido de Bobèche, hace la cuestacion; el importuno que os detiene en el paseo de Tullerías por el boton del frac os hace repetir al cabo de dos mil años el apóstrofe de Thesprion: *¿Quis properantem me prendit pallio?* El vino de Suresne parodia al vino de Alba, el vaso colmado de tinto de Désaugiers forma equilibrio con la gran copa de Balatron, el Père-Lachaise exala bajo las lluvias nocturnas los mismos resplandores que las Esquilias, y la fosa del pobre comprada por cinco años equivale al féretro de alquiler del esclavo.

Buscad algo que no se halle en París. La tina de Trophonio nada contiene que no se encuentre en la cuba de Mesmer; Ergaphilao resucita en Cagliostro; el brahmino Vasaphanta se encarna en el conde de San German; el cementerio de San Médard hace tan buenos milagros como la mezquita Oumoumié de Damasco.

París tiene un Esopo, que es Mayeux, y una Canidia, que es mademoiselle Lenormand. Azórase como Delfos ante las esplendentes realidades de la vision; hace girar las mesas como Dodona los tripodes. Coloca á la griseta en el trono, como Roma entronizaba á la cortesana; y en suma, si Luis XV es peor que Claudio, madama Dubarry vale más que Messalina. París combina, en un tipo inaudito, que ha vivido y con el cual nos hemos codeado, la



desnudez griega, la úlcera hebraica y el retruécano gascón. Él mezla á Diógenes, á Job y á Paillasse, viste á un espectro con números viejos del *Constitutionnel*, crea á Chodruc Duclos.

Por más que diga Plutarco : *el tirano no envejece*, Roma, en tiempo de Sylla como en tiempo de Domiciano, se resignaba de buen grado y echaba agua en el vino. El Tiber era un Letheo, si hemos de dar crédito al elogio un tanto doctrinario que de él hacía Varus Vibiscus : *Contra Gracchos Tiberim habemus. Bibere Tiberim, id est seditionem oblivisci*. París bebe un millón de litros de agua cada día, mas esto no le impide, cuando llega la ocasión, tocar la generala y también tocar á rebato.

Fuera de esto, París es un buen muchacho. Todo lo acepta de un modo regio; no es escrupuloso en materia de Vénus; su Callipyga es Hottentota; con tal que él ría, todo lo perdona; la fealdad le divierte, la disformidad le desopila, el vicio le distrae; el que sea chistoso, bien puede ser un tunante; ni aún la hipocresía, ese cinismo supremo, le inmuta; es tan literario, que no setapa la nariz en presencia de Basile, ni se escandaliza él más del rezo de Tartufo, que Horacio del « hipo » de Priapo. Ningun rasgo ni facción del rostro universal falta en el perfil de París. El baile de Mabile no es precisamente la danza polymnia del Janículo, pero la revendedora de trajes cobija allí con sus ojos á la loreta, á la manera que la encubridora Staphyla acechaba á la virgen Planesium. La barrera del Combateno es un Coliseo, pero se ostenta allí tanta ferocidad como si César fuera espectador. La hostalera siria tiene más gracia que la tía Saguet, pero si Virgilio frecuentaba la taberna romana, David d'Angers, Balzac y Charlet se han sentado á la mesa en los bodegones parisienses. París reina. Los genios aquí resplandecen, los saltimbánquis prosperan. Adoná pasa por aquí en su carro

de doce ruedas de truenos y relámpagos; Sileno hace su entrada montado en su asno. En vez de Sileno, léase Ramponneau.

París es sinónimo de Cosmos. París es Aténas, Roma, Sybáris, Jerusalem, Pantin. Todas las civilizaciones como todas las barbaries se hallan en él compendiadas. París se disgustaría si no tuviera una guillotina.

Un poco de plaza de Grève es bueno. ¿Qué sería toda esa eterna fiesta sin tal condimento? Nuestras leyes han provisto sabiamente á esta necesidad, y gracias á ellas, la horrible cuchilla se halla suspendida y destilando sangre sobre ese mártir de carnaval.



## XI

## RIDICULIZAR, REINAR

Señalar un límite á París, imposible. Ninguna ciudad ha tenido esta dominación que á veces se burla de aquellos mismos á quienes subyuga. ¡ *Agradaros, ó Atenienses!* exclamaba Alejandro. París hace más que la ley, hace la moda; París hace más que la moda, hace la rutina. París puede hacer el tonto, si así le conviene; á veces se suele dar este placer, este lujo; y entónces el universo entero es tonto con él; despues París despierta de este letargo, se estriega los ojos, y dice: ¡ Qué majadero soy! y suelta la carcajada á la faz del género humano. ¡ Qué maravilla es una ciudad de esta especie! ¡ Cosa extraña de ver, que lo grandioso y lo burlesco vivan aquí en tan buena armonía, que toda esa majestad no sea empañada por toda esta parodia, y que la misma boca pueda soplar hoy en el clarín del juicio final y mañana en un pito de caña! París tiene una jo-

vialidad soberana. Su alegría es el rayo y su farsa tiene un cetro. Su huracán sale á veces de un simple gesto. Sus explosiones, sus jornadas, sus obras maestras, sus prodigios, sus epopeyas, van hasta el fin del universo, y tambien van sus despropósitos. Su risa es el cráter de un volcan salpicando toda la tierra. Sus *lazzis* son chispas abrasadoras. Impone á los pueblos sus caricaturas, lo mismo que su ideal; los monumentos más hermosos de la civilización humana aceptan sus ironías y prestan su eternidad á sus bellaquerías. Es magnífico: tiene un prodigioso 14 de Julio que liberta al globo; hace prestar el juramento del juego de pelota á todas las naciones; su noche del 4 de Agosto disuelve en tres horas mil años de feudalismo: hace de su lógica el músculo de la voluntad unánime; se multiplica bajo todas las formas de lo sublime; inunda con su esplendor á Washington, á Kosciusko, á Bolívar, á Botzaris, á Riego, á Bem, á Manin, á John Brown, á Garibaldi; hállase en todas partes donde se enciende la luz del porvenir, en Boston en 1779, en la isla de Leon en 1820, en Pesth en 1848, en Palermo en 1860; cuchichea la poderosa consigna: *Libertad*, al oído de los abolicionistas americanos agrupados en la nave de Harper's Ferry, y al oído de los patriotas de Ancona reunidos en la sombra de los Archi, ante la posada de Gozzi, á orillas del mar; crea á Canaris; crea á Quiroga; crea á Pisacane; él bosqueja y radia al grande sobre la tierra; yendo hácia donde su soplo los encamina, es como Byron muere en Missolonghi y Mazet muere en Barcelona; es tribuna bajo los piés de Mirabeau y cráter bajo los piés de Robespierre; sus libros, su teatro, su arte, su ciencia, su literatura, su filosofía, son los manuales del género humano; él tiene á Pascal, á Régnier, á Corneille, á Descartes, á Juan Jacobo; Voltaire para todos los minutos, Molière para todos los siglos; hace hablar su lengua á la boca universal, y esta lengua se convierte en verbo;



elabora en todos los espíritus la idea de progreso; los dogmas libertadores que él forja son para las generaciones espadas de buen temple; y con el alma de sus pensadores y de sus poetas se han formado, desde 1789, todos los héroes de todos los pueblos; pero todo esto no le impide *gaminéar*; y ese enorme genio que se llama París, sin dejar de transfigurar al mundo con su luz, pintorrea con carbon la nariz de Bouginier en la pared del templo de Teseo y escribe *Credeville voleur* sobre las pirámides.

París enseña siempre los dientes; cuando no regaña, ríe.

Tal es París. Las humaredas que salen de sus tejados son las ideas del universo. Monton de barro y de piedras, si se quiere, pero ante todo y sobre todo, sér moral. Es más que grande, es inmenso. ¿Por qué? porque tiene osadía.

Osar; á este precio se adquiere el progreso.

Todas las conquistas sublimes son, en más ó ménos grado, premios de osadía. Para que exista la Revolución, no basta que Montesquieu la presienta, que Diderot la predique, que Beaumarchais la anuncie, que Condorcet la calcule, que Arouet la prepare, que Rousseau la premedite; era preciso que Danton la osara.

El grito: ¡ *Audacia!* es un *Fiat lux*. Para la marcha progresiva del género humano, es preciso que haya sobre las cimas en permanencia tremendos ejemplos de valor. Las temeridades deslumbran la historia y son una de las grandes antorchas que iluminan al hombre. La aurora manifiesta osadía cuando se eleva sobre el horizonte. Intentar, arrosstrar, persistir, perseverar, ser fiel á sí mismo, tomar á brazo partido el destino, asombrar á la catástrofe por el poco temor que nos infunde, ora afrontando á la potestad injusta, ora insultando á la victoria ebria; mantenerse firme, y hacer frente, tal es el ejemplo que necesitan los pueblos, y la luz que los electriza. El mismo relámpago va desde la antorcha de Prometeo á la pipa corta de Cambroane.

## XII

## EL PORVENIR LATENTE EN EL PUEBLO

Por lo que hace al pueblo parisiense, áun llegado á la edad de hombre, siempre es gamin; pintar al muchacho, es pintar la ciudad, y hé ahí la razon por que hemos estudiado esta águila en aquel gorrion libre.

Insistiremos en decir que dónde aparece la verdadera y legitima raza parisiense es en los arrabales; allí está la sangre castiza y la crema; allí está la verdadera fisonomía; allí es donde ese pueblo trabaja y sufre, y el sufrimiento y el trabajo son las dos figuras del hombre. Allí hay inmensas cantidades de séres desconocidos donde hormiguean los tipos más extraños, desde el descargador de la Rápée hasta el descuartizador de Montfaucon. *Fex urbis*, exclama Ciceron; *mob*, añade Burke indignado; turbas, muchedumbre, populacho. Estos nombres se pronuncian bien pronto. Sea en buen bora. ¿Qué importa? ¿qué le



hace que vayan descalzos? No saben leer; tanto peor. ¿Es esta una razon para abandonarlos? ¿haréis de su mismo desvalimiento, de su miseria, una maldicion? ¿no podrá la luz penetrar nunca en esas masas? Volvamos á este grito: ¡Luz! y obstinémonos en él: Luz! luz! -- ¿Quién sabe si esas opacidades no se harán al fin transparentes? ¿las revoluciones no son por ventura transfiguraciones? Marchad, filósofos, id y enseñad, ilustrad, iluminad, pensad en alta voz, hablad alto, acudid gozosos al gran sol, fraternizad con las plazas públicas, anunciad la buena nueva; prodigad los alfabetos, los primeros rudimentos de vuestra enseñanza, proclamad los derechos, cantad las Marsellesas, sembrad los entusiasmos, arrancad ramas verdes á las encinas. Haced de la idea un torbellino. Esa muchedumbre puede ser sublimada. Sepamos servirnos de esa vasta combustion de los principios y de las virtudes que chispea, que estalla y que estremece á ciertas horas. Esos piés descalzos, esos brazos desnudos, esos harapos, esas ignorancias, esas abyecciones, esas tinieblas, pueden ser empleadas en la conquista del ideal. Mirad á trasluz del pueblo, y distinguiréis la verdad. Que arrojen á la hornaza, que se funda allí y que hierva esa vil arena que holláis con vuestros piés, y ella se convertirá en cristal espléndido, y, gracias á ese cristal, Galileo y Newton descubrirán los astros.

## XIII

## EL NIÑO GAVROCHE

Como unos ocho ó nueve años despues de los acontecimientos referidos en la segunda parte de esta historia, notábase en el boulevard del Temple y hácia las regiones del Château-d'Eau, un muchachito de once á doce años que habria realizado bastante correctamente ese ideal del *gamin* que hemos ántes bosquejado, si, con la risa de su edad en los labios, no hubiera él tenido el corazon absolutamente vacío y sombrío. Hallábase este niño envuelto en un pantalon de hombre, pero que no provenia de su padre, y en una camiseta de mujer, pero que tampoco la habia él recibido de su madre. Unas gentes cualesquiera le habian vestido de trapos por caridad. Á pesar de esto, tenía un padre y una madre. Pero su padre no pensaba jamas en él, y su madre no le queria. Era uno de esos niños dignos de compasion entre todos los que, teniendo lacres son sin embargo huérfanos.



Este niño no se hallaba nunca bien sino en la calle. El empedrado era para él ménos duro que el corazón de su madre.

Su familia le habia lanzado de un puntapié á la senda de la vida.

Y él habia seguido buenamente el impulso dado por ese voleo paternal.

Era un muchachito descolorido, listo, bullicioso, sagaz, chocarrero, de aspecto vivaz y enfermizo. Iba y venía, cantaba, jugaba á la rayuela, escarhaba en los arroyos, robaba un poco, pero como los gatos y los gorriones, alegremente, reía cuando le llamaban truhan ó galopin, y se enojaba al oírse llamar *granuja*. No tenia albergue, ni lumbre, ni pan, ni amor; pero estaba alegre, porque era libre.

Cuando estas pobres criaturas llegan á ser hombres, casi siempre los encuentra á su paso y los aplasta la rueda del órden social; pero mientras que son niños, escapan fácilmente. Siendo tan pequeños, el menor hueco les basta para escapar á la rueda, y quedar á salvo.

No obstante, por más abandonado que estuviera este muchacho, sucedia á veces, cada dos ó tres meses, que decia: ¡ Vaya, hoy voy á ver á madre! Entónces dejaba el boulevard, el Circo, la Puerta de San Martín, descendia á los muelles, pasaba los puentes, atravesaba los arrabales, llegaba á la Salpêtrière, y se dirigia ¿ adónde? precisamente á aquel noble número 50-52 que el lector conoce ya, á la casucha Gorbeau.

En aquella época, la casucha 50-52, habitualmente desierta y eternamente decorada con su cartel en el cual se leia la inscripcion: « Cuartos de alquiler, » se hallaba, cosa rara en verdad, habitada por varios individuos que, por lo demas, como siempre acontece en París, no tenian el menor lazo ni relacion entre ellos. Todos pertenecian á esa clase indigente que principia á partir del último propietario

ó poseedor de alguna cosa, pero que se ve en grandes apuros y escaseces, y se prolonga de miseria en miseria por las capas inferiores de la sociedad hasta esos dos séres en quienes vienen á parar todas las cosas materiales de la civilizacion, el pocero que barre y limpia las inmundicias, y el traperero que recoge los guñapos.

La « inquilina principal » del tiempo de Juan Valjean habia muerto, habiéndola reemplazado otra enteramente parecida. No sé qué filósofo ha dicho: Nunca faltan viejas á propósito para ciertos oficios.

Llamábase esta otra vieja madama Burgon, y nada notable ofrecia en su vida sino es una dinastía de tres loros, los cuales habian reinado sucesivamente en su alma.

Entre todos los que habitaban la casucha, los más miserables eran una familia de cuatro personas, el padre, la madre, y dos hijas bastante grandes ya, embutidos todos cuatro en el mismo zaquizamí, una de aquellas celdas de que ya hemos hablado.

Á primera vista, nada de particular ofrecia esta familia sino su extrema desnudez. Al tomar el cuarto en alquiler, el padre habia dicho que se llamaba Jondrette. Poco tiempo despues de haberse él mudado con su familia á esta casa, mudanza que, con respecto al mueblaje, se parecia singularmente, valiéndonos del dicho memorable de la inquilina principal, á una entrada de nada, este Jondrette habia dicho á aquella mujer que, como su antecesora, al mismo tiempo que era portera, barria tambien las escaleras de la casa: Tía falana, si álguien viniera casualmente á preguntar por un Polaco, ó un Italiano, ó tal vez un Español, sería por mí por quien preguntarian.

Esta familia era la de nuestro alegre mozuelo descalzo. Al entrar en aquella casa, es decir, en aquel pobre desvan, no hallaba más que miseria, y, lo que es más triste aún, ni una sonrisa siquiera; frio en el hogar, frio en los corazones.



Cuando entraba, le preguntaban : — ¿ De dónde vienes ? Y él respondía : — De la calle. Cuando salía, le preguntaban : — ¿ Adónde vas ? Y él respondía : Á la calle. Su madre le decía : — ¿ Qué es lo que vienes tú á hacer aquí ?

En esta ausencia de toda afeccion vivía aquel niño como viven esas yerbas pálidas que brotan en los sótanos ó en el fondo de los sepulcros. No sufría de verse así tratado, ni tenía odio á nadie. Ignoraba él cómo debieran ser un padre y una madre.

Por lo demas, su madre amaba á sus hermanas.

Hemos olvidado decir que en el boulevard del Temple llamaban á este muchacho el niño Gavroche. ¿ Por qué se llamaba Gavroche ? Probablemente porque su padre se llamaba Jondrette.

Romper el hilo parece ser el instinto de ciertas familias miserables.

El cuarto que los Jondrette habitaban en la casucha Gorgeau era la última pieza, al fin del corredor. La celda de al lado la ocupaba un jóven muy pobre á quien llamaban el señor Marius.

Digamos ahora quién era este señor Marius.

---

## LIBRO SEGUNDO

---

# EL GRAN BOURGEOIS

---

### I

NOVENTA AÑOS Y TREINTA Y DOS DIENTES

En las calles de Boucherat, de Normandie y de Saintonge, existen aún algunos antiguos habitantes que conservan la memoria de un buen hombre llamado el señor Gillenormand, y que se complacen en hablar de él. Este buen hombre era ya viejo cuando ellos eran todavía jóvenes. Para los que miran melancólicamente ese vago hormigueo de sombras que se llama el tiempo pasado, aquella figura no ha desaparecido aún enteramente en el laberinto de calles inmediatas al Temple que en tiempo

30371